


IV

ON una semana de aquella regalona vida de escuela, menos triste que sus soledades en la casucha, le cogió Nicho apego á la *miga*—como él decía en su media lengua—; si antes lloraba porque lo despertaban para ir á tiempo á la casa de tía Dolores, ahora se desvelaba por concurrir á ella.

El silabario fué el primer tormento porque atravesó su tierno caletre; donde se leía A, decía O; no obstante que la maestra le había dicho hasta la saciedad que la *a* tenía una pancita y un rabito hacia arriba como la cresta del gallo, y que la *o* era redonda, igual á la rosquita de manteca que se comía todas las mañanas en el desayuno; él no entendía de tales jeroglíficos, y, firme que firme, le llama-

ba O á la A, y á la A, O, y de esta rudeza no pasaba.

Pero cuando menos lo pensó la maestra, el chico dijo O donde era O; y á la A la nombró por su propio nombre, y de hilo leyó el *a e i o u*, al derecho, al revés, de corrida, salteado, horizontal, vertical y diagonalmente, apuntando con el índice rígido en las apretadas casillas; ya sabido en todas direcciones y todos los tonos el comienzo del silabario, pasó á la combinación de las vocales con las consonantes, y se volvía tarumba con aquel *ba, be, bi, bo, bu* que en repasos repetidos semejaba tan pronto balar de oveja descarriada, como después mugido de buey manso; y al término de seis lecciones de silabeo, en las cuales el *que, qui*, y el *gua, gue, qui* costó más de un quebradero de cabeza, siguió con el abecedario desde la *a*, sin saltar una letra, hasta la *z*; y ya leía *a-la* y chillaba *a-ma* en un cancanéo\* que ensordecía. y . . .  
Cuando estos suplicios pasaba Nicho,

otro compañero de igual cacúmen estaba por terminar la cartilla; el remate ella traía impaciente á la caterva infantil y mucho que había motivo para esa impaciencia; pues sabíase que á la justificación de la cartilla sucedería el celebramiento del prodigio con una pifia, grande, muy grande, con dulces, nutiplén, confites á pasto y golosinas de porrillo; por el boquete que le abriese á que tuviera la suerte de romperla, caer tanta lluvia de gollerías que las imaginarias prodigalidades del cuerno de Amaltea tendrían en ella fiel y apropiado trasunto; y andaba en boca la esplendidez de la fiesta, y se hacían lenguas los rapaces al exagerar la variedad de los regalos, la blandura de las ciruelas y lo almibarado de las pasas de Málaga; que en brillantes lechos estarían capiñadas en amplios platonés; y las galletitas, y los rosquetes, y los huevecillos, y los merengues; y todas aquellas cosas que lucirían sobre el blanco mantel de la

provista mesa, se las pasaban por las narices antes de llegarles al estómago, que mucho puede la gula para poner al almibar donde sólo hay hiel y trocar en pan de reyes el que es pan duro y á secas.

Con el recuerdo de estas glotonerías se pasaron dos semanas, que para el antipasto de los muchachos eran cabales dos meses, hasta que la cartilla la acabó de cuerito á cuerito el hijo de padre rico, de esos que saben gastarse los dineros en holgorios, comilonas y bureos para que se los envidien los tontos de capirote y se los codicien los pobres de solemnidad.

Y así como llegó á conocimiento de los padres tamaño esfuerzo escolar, la criada, al traer al niño á la escuela, trajo con él la buena nueva de invitar á todos los condiscípulos, sin distinción ninguna, al esperado y singular festejo.

Con un ¡viva! atronador, acompañado de nutrido palmoteo, se acogió por aquel

jabardillo el recado de la erriada; valda por los mayores y rezado el rosa- hacían cabriolas sin respeto á la maestra por todos, cada alumno se fué para tra; otros se subían á las sillas sin tener casa, pensando en las delicias que pro- de romperlas; Nicho también echaba etía la piñata y en el goce de que dis- cuarto á espadas entusiasmado conutarían al siguiente día con la futura y estruendo, y vitoreaba al héroe de la anunciada fiesta.

cartilla, como si el tal hubiera acometido una famosa hazaña, digna de mármol imperecederos y de broncees perdurables y altivos!

«Silencio, por Dios, niños, que no se oiga para tanto!»

«¡Viva! . . . ¡viva! . . .» — Tornaban á gritar con más algarabía.

«Guarden ese entusiasmo para mañana!» — replicaba la maestra.

«¿Qué si quieres? . . . Los muchachos, bien que ya habían rastreado sus en desbordada gritería echaban los ortos alcances el cariz del festejo por el nichos abajo.

Afortunadamente dieron las tres y sus compañeros la noticia.

«Ave María Purísima» de la tía Dolores Sin embargo, Nicho, por peculiar timidez y acostumbrado encogimiento, pendiente — y no entraba aquí la sensatez, impropia de su edad temprana — no concurrir

Después de dado el Catecismo de

de la casa de la boca para advertir á los niños

hijos, los que cada día con su padre

de la piñata resultaba asunto desconoci-

de las conversaciones del corrillo á

salida y entrada de la «amiga» co-

combraban sus pocos años que era cosa

de envidia y gala, con mucho de envidia

de cascabeles, y, con esto, daba en el cla-

que ya habían rastreado sus

el cariz del festejo por el

que recibieron

la noticia.

Sin embargo, Nicho, por peculiar timi-

encogimiento, pen-

— y no entraba aquí la sensatez, impro-

de su edad temprana — no concurrir

de

\* \* \*

BIBLIOTECA U. A. N. L. I.

á reunión tan aparte de sus costumbres padre y la dulzura maternal, todo de una muy extraña á su condición de polipieza, sin soldaduras ni retazos; de esto y siempre olvidado huérfano. Quizás resultó que Nicho lo primero que veías tas quisquillas pueriles y estos puntillén sus actos era el efecto que producían de honra vendrían por las constantes en su madre, apartado de otras consideraciones de Doña Mónica que razones y otros preceptos, se le caía de la boca, para advertir á Tenida en cuenta esta manera de ser hijo, lo de «cada oveja con su pareja del niño, no es de extrañar que no cuando no soltaba «el buey solo bien nicara á Doña Mónica el asunto de la piñalame,» con lo que trastrocaba la forma; bien sabía él que si no obtenía una genuina del refrán y trabucaba la indigativa inmediata, en cambio habría eva y el sentido de la sentencia que densivas y callejuelas que demostrarían muy llevaba; con todo lo cual iba forman al vivo que á la madre de Nicho no de al niño taciturno y huraño, afirmándose agradaba que su hijo anduviera metido estos caracteres con la soledad habitu en tales belenes, juntándose con pandilla de la casa en que vivía y con lo auste de otra camada. y reservado de la atareada lavande Aquella noche rezó Nicho sus oracio Así, de esta suerte, la moral, que en otras de recogerse, sin preocuparse, mu entra por la puerta de la religión, se nicho ni poco, de la piñata; durmió sueño buía en este rapaz por el respeto y suelto, mientras su madre, para ganarse el cariño á la madre; llegaba, pues, por el sustento cotidiano, quedaba planchan vía del sentimiento, en una educaci do ropa hasta muy cerca de la madru imperfecta pero segura, de hijo mimagada. . . . que en la madre tiene la fortaleza

¡Qué entusiasmados saludaron los muchachos la mañana de aquel domingo alegrada con el repique de las sonoras campanas que llamaban á misa!

Los amiguitos que más acompañaban en sus ruidosos juegos al que iba á ser héroe de la fiesta, muy temprano fueron á visitar la casa en que se rompía la piñata; todo era allí entrar y salir, mandar y disponer; cortar de tijeras y revolver de papeles; escoger de colores en una diversidad de plieguecillos verdes morados, cármesíes, donde imperaba el amarillo anaranjado y el rojo caliente llevar y traer dulces y confituras; pastas y azucarillos, que ya en montañas minúsculas sobre plateados azafates, ya extendidos en blancos platonos, ya enfilados en rameadas, bandejas ocupaban; una larga mesa cubierta de albo y colgante mantel.

Acá, en medio de una rueda de chiquillos, vestían la piñata: á una olla tripona la cubrían de tiras de papel, pega-

das con engrudo, superpuestas, simétricas, de flecos rizados por la habilidad de las tijeras, que en un ticleteo áspero no descansaban en las manos de los muchachos; cubierta hasta la boca la vasija con tan tupido ropaje, seguía el caprichoso adorno de hojas y rosetones, muy vistosos y coloridos; después se sucedían tiras y más tiras, pendientes verticalmente de la parte media de la panza, y no á lo que sea, sino formando eslabones de una cadena tan voluble como ligera; remataba la redondez del fondo en una roseta de disímiles colores que no se acomodaban con el matiz del revestimiento de toda la olla; para completar el abigarrado adorno, el papel sobrante se iba en listas alternadas en todo el diámetro del borde: si una era verde, la siguiente blanca, si blanca ésta, la sucesiva roja, y así predominaban los colores nacionales en lo que podíamos llamar el coronamiento de la piñata, colgada de tensa cuerda á altura pro-

pia para recibir el contenido en las profundidades vacías del vientre, en tiempo y forma que la dueña de la casa dispusiera; y en diciendo la señora que ya podía llenarse, allá fueron confites, rosquillas y rosquetes, merengues y galletas, ciruelas y pasteles, brillantes bolitas de goma y blandos huevecillos de nuez, almendras garapiñadas y gaznates, y dulces y dulces hasta que la colmaron ras con ras de la boca; entonces se suspendió, y allí quedó á plomo, sin oscilaciones ni verticidades, á causa de tanto peso, esperando la hora fijada para comenzar la fiesta.

A las cuatro llegaron los convidados que traían todo el fondo del baúl encima; primero entró el hijo del Alcalde muy paquete con zapatos de rechino; tras él, dos arrapiezos que cubrían sus carnes con ropas limpias y zurcidas, y siguieron entrando como una docena de ellos, cada uno con el deliberado propósito de romper la piñata y hartarse de golosinas.

El hijo de Doña Mónica en todo lo que fué sábado no pensó en la decantada diversión; pero el domingo, á la salida de misa, se topó con Chenchó\*—un granujilla de ocho años—y con el tanto ponderarle las excelencias del festejo, el rumbo de la casa en que éste se celebraría, sonsacó al huérfano, que á más no poder, se deslumbró con tales prodigios y convino luego que se verían en la tarde para ir juntos al bureo.

No tuvo mucho que esperar Chenchó; pues al sonar las cuatro ya estaba el hijo de la lavandera en la esquina, donde le esperaba el goloso compañero, que temía llegar á deshora.

Tomaron camino para la piñata; una vez cerca, escucharon la gritería y el estruendo que había dentro; salían de allí carcajadas argentinas, voces roncadas y atipladas y palmoteos ruidosos y prolongados; de rondón, y á despecho de los calandrajos que encima llevaba, se metió Chenchó, y en dándole en los hocicos

el olor de comida y en los ojos tanta repostería, se alampaba por hartarse de todo cuanto había en mesa y en piñata, si le dejaban turno para ello. Nicho, más tímido, se quedó fuera; dió un rodeo á la casa y fué á colocarse en la parte del patio cerrado por una cerca de tablas; desde este punto gozó del espectáculo que nunca ni en sueños había vislumbrado; púsose á fisgonar por una rendija, y en ella se dió detallada cuenta de lo que interiormente pasaba; era el momento en que uno de sus condiscípulos, vendado y con duro palo en las manos, iba tanteando, tirando golpes á tontas y á locas para dar en vano y describir círculos en el aire; torpeza que provocaba la burla de los otros compañeros; cuanto menos atinaba, más grande estallaba la gritería. . . . ¡Allí no! . . . ¡A la izquierda! . . . ¡Ahora á la derecha! . . . ¡Otro palo!

Y se sucedía tal cual chico en la misma diversión de ir tapado de ojos y torpe de manos y pies á intentar romper la

rechonecha y empapelada piñata; y ocurríale lo propio que al anterior: palo y más palo; tanteo tras de tanteo y nada de dar en el blanco.

Habían probado fortuna hasta cinco de los concurrentes sin alcanzar el triunfo apetecido; el mismo Chencho—que andaba gulusmeando las ocultas demasías—con todo su pingoso atalaje tomó el palo y aceptó la venda, y aunque probó mañerías y artimañas, para dar al traste con las inútiles tentativas, no prosperaron sus recursos de granuja; pues advertido de la concurrencia se le quitó el tiento y se le mandó enhoramala entre gritos y amenazas de la muchachería.

Al hijo del Alcalde le pusieron la venda; comenzó el petulante á andar por pasos contados; desanduvo tales trancos; el pañuelo que le cubría los ojos no estaba muy ceñido y se le vino sobre el caballete.

«¡No, no, así no vale!» — Protestaban en formidable coro los rapaces.  
«¡Déjenlo, déjenlo!» — decían las señoras en son de mando.

Y el hijo del Alcalde, irguiéndose y contoneándose, se fué en línea recta hacia donde pendía la olla; empuñó fuertemente el palo y dió tan seguros, repetidos y fuertes golpes al recipiente, que sonó primero seco, después sonoro; osciló un instante por el último apaleo, para abrirse luego del fondo en tremenda brecha.

Lo que sucedió con este percance es más para visto que para contado; por aquel boquerón caían en tupida lluvia las golosinas; los muchachos se arrojaron con ansia carnicera sobre ellas; que era arrastrarse por los suelos para apañar lo que había andado por las nubes; y á empellón aquí, á manotada allá, á batacazo por el otro lado y á dar que van dando, en todas partes salían de la rebatía con las ropas descompuestas y las

manos colmadas de lo que acertaron á pillar en la refriega; porque en aquella ruidosa ocasión de agitado garbullo, no había punto para andarse con melindres y con dengues; habría de tomarse lo que á la mano venía sin desnatarlo y con maña; y fué por ello por lo que el hijo del Alcalde dejó el campo, no sin salir con los pies magullados y los cabellos en desorden, con disgusto de su persona tan metida en afeites adamados y en ostentosas galanuras.

Para puntual término de la fiesta se sirvieron de la surtida mesa la lechosa horchata, la colorada y picante aloja, en finos y brillantes vasos y en esbeltas y recogidas copas; no hubo dulce que no fuera probado, y con dos embestidas quedó la mesa monda y arrasada, por tamaña rapacidad, que aumentó con la hartura del ansioso Chenchó, que no terminó un minuto la boca en sosiego con peligro de atragantarse en su apresuramiento.



Este cuadro, con todos sus pormenores y sus tintas todas, pasó por la mente del niño en atisbo cual iluminado por la maravillosa lámpara de Aladino, y de igual suerte como se suceden ante la mirada ávida de los infantes las complicadas mutaciones de un cinematógrafo; envidió—y era muy de envidiar—el gaudeamus que se entregaron aquellos bienaventurados gorriones; se deslumbró con los colorines y los colgantes papelillos de la piñata; y al ver que el presuntuoso hijo del Alcalde la rompió, haciendo venir su abajo un derroche de golosinas para saciar la antojadiza hambre de los muchachos, sintió el tímido Nicho, que tras las tablas husmeaba, vehemente deseo de escalar la valla que lo separaba de aquel hartazgo de contendientes que se disputaban la presa; contuvo, empero, su atrevido arranque; conformóse con ver desde lejos la fruta del cercado ajeno; se apartó de la rendija como de su ánimo desechó la tentativa, y triste, muy triste, lle-

gó á su casucha con pensamiento arraigado, dentro del cual giraba la figurilla afeminada del hijo del Alcalde, cercado por la rueda de granujillas que le disputaban la victoria como el barrunto de una injusticia cometida. . . .

«¿Por qué—se preguntaba Nicho—rompería el hijo del Alcalde la piñata y no ninguno de mis compañeros? . . .»

Ignoraba que en el mundo los que tienen poder, aunque sea postizo y pasajero, son siempre los que triunfan y avasallan. . . .

¡Era tan inocente el pobre niño!

